



Por el Dr. FELIX MARTÍ IBÁÑEZ

Y ADAN CONOCIO A EVA

En la profunda frase bíblica, aromada a Paraíso y espejeando pecado, se encierra como indicó el sabio filósofo alemán toda una sutil filosofía del amor. Porque el amor es *ante* todo eso: mutuo conocimiento en el más amplio sentido del vocablo.

Desafortunadamente, si existe una selva en la cual se internan los humanos con la más temeraria despreocupación, esa es la del matrimonio. Ignorando que tras las flores policromas de la unión conyugal, acecha astuta, tremolando la nerviosa cola esmeralda, la serpiente de la infelicidad.

Sólo el conocimiento de las normas que presiden la convivencia matrimonial, permite a los enamorados trasponer esa puerta de inquietudes del matrimonio, con la certeza de marchar no hacia el final de su novela de amor, sino hacia el comienzo de la misma.

La unión nupcial debe ir presidida por unos principios, debe asentarse sobre unas normas por ambas partes acatadas, sin las cuales la nave conyugal naufragará irremisiblemente en los arrecifes del hastío amoroso. Pero aún hombres y mujeres, que aguzan sus facultades y aplican su ingenio a la tarea de crear nuevos horizontes en la ruta de su vida, descuidan lo referente a la higiene psicológica de su matrimonio, con lo cual éste degenera al correr de los días, en esa razón comercial de los enlaces de conveniencia o en esa comunión casera de que habla Will Rink; en las cuales formas los cónyuges se mantienen unidos por un motivo económico o por el hábito de la costumbre. Pero la fuerza de atracción amorosa que les unió se ha convertido en indiferencia o en una repulsión erótica; con lo cual el impulso amatorio del marido se escurre de los ámbitos matrimoniales como la trucha de entre las piedras del río, para derivar hacia un terreno pasional extramatrimonial y subterráneo. Y los impulsos amorosos femeninos hallan compensación en flirts peligrosos o se refugian en la neurosis. En ambos casos, el matrimonio ha perdido su base amatoria de sustentación, ha visto desvanecerse el subsuelo amoroso sobre el que florecieron las primeras rosas conyugales. Restarán vínculos de índole

social o los creados por la continuada convivencia. Mas ambos son insuficientes y el resultado será que habiéndose esfumado el terreno amoroso, las plantas de felicidad que en él germinaron están fatalmente condenadas a marchitarse.

Rotos los lazos amorosos, resta la tenue ligación de las ataduras civiles o religiosas, que si pueden obligar a los esposos a permanecer unidos por el sentimiento del deber que a ellos les somete, no puede devolverles aquel amor *que se fué y no vino*, como en el romance gitano de García Lorca.

Todo esto parece confirmar esa tendencia que desde los más remotos tiempos estableció la poesía lírica y la novela, al glorificar y cantar el amor y no referirse al matrimonio; o bien hacerlo para cantar la salmodia de sus pesadumbres.

No es eso. Como higienistas del alma, somos optimistas y podemos afirmar que la bancarrota sentimental del matrimonio no va forzosamente ligada a él. "*Se acusa al matrimonio de ser la muerte de la pasión, como si aquél pudiera existir sin ésta*", que dijo el poeta Rostand.

El desastre conyugal obedece a razones muy sencillas. El matrimonio es una piedra de toque para el cariño; es un crisol en donde se destila la esencia perlada de la felicidad, si se realizó por amor y se supo conservar en perpetuo avance; pero es también un yunque en donde se convierte en rojas brasas y grises pavesas el ardiente amor inicial, si su calidad fué lo bastante defectuosa para no poder resistir la prueba del fuego de la intimidad conyugal.

El matrimonio, por tanto, coloca nieve sobre los falsos amores y sopla la llama roja de los auténticos. A él es aplicable la frase de San Agustín: "*La ausencia es para el cariño, lo que el viento para el fuego: apaga los pequeños y avivó los grandes*". Póngase *matrimonio* donde dijo *ausencia* el magnífico filósofo cristiano y se tendrá una brillante imagen del sentido decisivo del matrimonio.

Para quienes aspiran al supermatrimonio, éste no será tan solo un problema económico-